

UNA FLOR

Dulce flor temprana y bella,
Emblema de la hermosura
De mi adorada doncella,
Melancólica cuál ella,
Y cuál ella fresca y pura ;

Tú que en las áuras te meces,
Y con tus vivos colores
El verde prado embelleces,
Y con tus gratos olores
Mis sentidos adormeces ;

Tú que de puntas agudas
Cercada te ves ahora,
Y eres del prado señora ;
Tú, que risueña saludas
La venida de la aurora :

Díme, ¿tu cáliz tocó
La mano de mi adorada,
Cuando cabe tí pasó ?
¿ Tus blandas hojas besó
La su boca nacarada ?

¿ Ese color que presentas
Lo tomaste de su tez ?
Esa frescura que ostentas,
Ese aroma que alimentas
¿ Son de su labio tal vez ?

Yo te quisiera arrancar
Del tallo que te sostiene,
Para su frente adornar ;
Pero á mi mente se viene
Que te vas á marchitar.

Así el tiempo y la afliccion
Tu semblante ofuscarán,
Oh luz de mi corazon ;
Mas siempre me alumbrarán
Tu virtud y discrecion.

Oh flor, como tú, creció
En el venenoso seno
De un zarzal de yerbas lleno ;
Pero su alma no sintió
Contagio de su veneno.

Y del zarzal la espesura
Do resalta su hermosura,
En lugar de oscurecerla,
Sirve para guarecerla
Del tacto de mano impura.

— A la que ocupa mi mente
Al fin vas á engalanar ;
Pues muerta, en su tersa frente,
Más bien te quiero mirar,
Que viva al tallo pendiente.

LA SANGUIJUELA Y EL CERDO

FÁBULA

Dicen que en Madrid vivía
Un tal Don Tomás de Iriarte,
Quien de fabulista el arte
Como nadie poseía.

(Será una mentira crasa
De las muchas que creemos,
Que en Méjico no sabemos
Ni lo que hay en nuestra casa.)

Pues una vez este tal
Á un su amigo halló leyendo
Cierta libro, y conociendo
Ser obra de un animal,

Le dice al punto : — “ Que lea
Obras buenas le aconsejo,
Y que guarde ese librejo
Donde ninguno lo vea.”

Frunciendo su rostro adusto,
Y con desden y desprecio
Contesta el amigo necio :
— “ Señor mio, este es mi gusto.”

— “ Pues oiga un caso al intento,”
Iriarte le respondió.
(Se dice que lo sacó
De un códice polvoriento.)

— 101 —

Una sanguja miraba,
Desde un lago cristalino,
Que en cieno hediondo un cochino
Gozoso se revolcaba.

— “ Venga, le dice, á bañarse
En esta agua trasparente,
Que en el charco pestilente
Se ensucia en vez de lavarse.”

— “ No quiero,” responde el puerco,
Y al mismo tiempo gruñó.
— “ ¿ Pero por qué ?” — “ Porque no.”
— “ Venga usted, no sea terco.”

— “ Aquí estoy bien.” — “ Majadero,
¿ No ve que de agua mejora ?”
— “ Será verdad, sangradora,
Pero aquí bañarme quiero.”

Y luego con tono grave
Esta sentencia profiere :
*Al que por su gusto muere,
Hasta la muerte le sabe.*

— “ Tiene usted mucha razon,
Responde la consejera,
Que me corte una tijera
Por hablar con un lechon.”

“ Y pues refranes no malos
El buen cochino me trai,
Sébase tambien que *hay*
Gustos que merecen palos.”

Marzo 9 de 1839.

EL ÁNGEL CAIDO

Á MI AMIGO EULALIO-MARIA ORTEGA

Cuando el Ángel que habita fuego y penas,

! Al arma, dijo, al arma!

QUEVEDO : *Cristo resucitado.*

I

Del negro abismo en la region oscura
En profundo estupor y abatimiento
Hundida yace la legion impura
Que el Señor despeñó del firmamento :
No tristeza, no llanto, no amargura
Aparece en su rostro macilento ;
Mas en sus ojos tétricos se advierte
Odio, rabia, furor, rencor de muerte.

II

Unos en derredor la vista giran
Y cierran con temblor la yerta mano,
Otros creciendo en cólera se miran,
Otros sonríen con desprecio insano ;
Á calmar su despecho en vano aspiran,
Ocultar su dolor tratan en vano :
Es el rostro cuál lago trasparente,
Que descubre del fondo la corriente.

III

En desórden se ven amontonadas
Rotas lanzas, corazas y crestones,
Tintas en roja sangre las espadas,
Abollados paveses, morriones,
Ropas en el combate desgarradas,
Sin astas destrozados pabellones,
Y agitados, convulsos los heridos
Lanzando de su pecho hondos gemidos.

IV

Siniestras llamas pálidas ondean,
De amarillenta luz iluminando
Los escabrosos valles do campean
Los escuadrones del precito bando ;
Entre el humo y azufre centellean
Meteoros de fuego, y rabramando
Truenos aterradores se desatan,
Y por cumbres y abimos se dilatan.

V

Allí lagos se ven de aguas inmundas,
Allí pesadamente largos rios
En las cavernas piérdense profundas,
Y en largos bosques de árboles sombríos ;
Espantables serpientes furibundas,
Y canes arrabiados y bravios,
Feroces tigres de mirar sangriento
Insaciables buscando el alimento.

VI

Allí desnudas peñas y zarzales,
Y escorpiones se miran venenosos,

Espinos en ardientes arenales
Llanto vertido en antros cavernosos;
Y del centro de rudos peñascales
Y tostados desiertos escabrosos,
Retumbando una voz se alza y se lanza
Gritando sin cesar. “¡ No hay esperanza !” —

VII

Colosales fantasmas por el viento
Giran sañudas, ó volando pasan
Entre vapores de color sangriento, !
Y en vivas llamas el espacio abrasan;
Y gritan con rumor y son viciente,
Cuando los aires rápidas traspasan :
“ Ni esperanza os concede el Dios eterno.” —
“ ¡ Ni esperanza !” repite el hondo averno.

VIII

Oye Satan la voz — pára el semblante. —
Sentado estaba en encendida roca :
Inclinada la vista penetrante,
Pálidas las mejillas y la boca,
Enarcadas las cejas, palpitante
El ulcerado corazon, que toca
El relevado pecho, do se imprime,
Y lo alza, y lo estremece, y lo comprime.

IX

Así tal vez volcanes encendidos
Se elevan y se abajan con violencia
Cuando sienten sus antros derruidos
De incontrastable fuego á la inclemencia;
Y entre sordos recónditos bramidos,
Oponiéndole débil resistencia,

Anuncian á los hombres con pavora
Horrenda muerte y luenga sepultura.

X

Con trabajo Satan ténue respira :
Por las huecas narices imperfectas,
Cual noto silbador gime y espira
De encinas y peñascos en las grietas ;
Fatigado despues ronco suspira,
Cuál si rugiera, herido de saetas,
Irritado leon allá en la interna
Estancia de una cóncava caverna.

XI

Como encallado barco que rechina
Crujen sus duros dientes encobrados,
Fusca sus ojos súbita neblina,
Se encapotan sus párpados airados,
Caen en desórden á la faz cetrina
Los ásperos cabellos desgrenados,
Y espuma arroja el labio enardecido,
Cual jabalí cerdoso combatido.

XII

Y al compas de blasfemias y lamentos,
Y entre la asolacion y entre el espanto,
Satan alza la voz, y por los vientos
Tronando vuela su terrible canto,
Contrastados así los elementos,
Hundiendo á la natura en el quebranto,
El rayo aterrador desencadenan,
Y la tierra, y el mar, y el cielo atruenan.

1

« Tú que Dios te proclamas soberbio,

Tú que Eterno y potente te nombras,
Y nos hundes rabioso en las sombras
Que se agitan en esta mansion;
No en tu efimero triunfo te goces;
No en la suerte confies injusta,
Aun me queda una mano robusta,
Aun me queda un feroz corazon.

2

Si tú tienes el cielo por reino,
Si un ejército tienes altivo,
Tengo yo corazon vengativo
Que un ultraje no olvida jamas.
Y falanges de espíritus fieros
Que á seguirme anhelosos aspiran,
Y si acaso con fuerza respiran,
Gemir hacen el cielo y temblar.

3

Del infierno en las grutas profundas
Entre abismos y nieblas vivimos,
Y hambre, y sed, y dolores sufrimos
Por tí, odioso monarca, por tí;
Y tan sólo arenas ardientes,
Y volcanes de lóbrega cumbre,
Y torrentes, y mares de lumbre,
Y huracanes se miran aquí.

4

¿ Y el esfuerzo perdemos llorando?
¿ Y así inertes sufrimos el yugo
Que imponernos á un déspota plugo
En un raptó de rabia y furor?
Basta ya de cobardes suspiros,

Basta ya de terrificas penas,
Destrocemos las viles cadenas,
Reanimemos el yerto valor.

5

¿ No tenemos bravura y aliento?
¿ No tenemos un brazo terrible?
Si es la hueste del cielo invencible,
Conquistemos la muerte siquier.
Levantemos la voz de venganza
Al compas de la trompa sonora. —
¿ Llorarémos cobardes ahora
Si hemos sido potentes ayer?

6

¡ Oh ! ¡ cuál rompe mi pecho la ira !
Empuñemos de nuevo la lanza,
El encono daráme pujanza
Y seré ménos torpe adalid. —
Tempestades, venid á mi acento,
Y vosotros, arcángeles bravos,
Que á vileza teneis ser esclavos,
Levantad la cabeza, ¡ venid !

7

Vuestras alas me sirvan de asiento,
Y de guía el horror y exterminio,
Y extendiendo mi duro dominio,
Muerte reine implacable doquier.
De los orbes la grata armonía
Se suspenda á mi mando tirano,
Y una sola señal de mi mano
Muestras dé de mi vasto poder.

8

Y desplómese el cielo sin quicio,
Guerra se hagan los astros chocando,
Y la muerte risueña imperando
El infierno aniquile también.

Suspendiendo yo entonces mi vuelo,
Adurmiéndome al ronco estallido,
De los cielos el ¡ ay ! dolorido
Mi alma fiera henchirá de placer. »

XIII

Suspende su cantar; porque la ira
Llena y comprime el fatigado pecho;
Por la hinchada nariz el aire aspira,
Y no siente su seno satisfecho;
Luégo en torno de sí la vista gira,
Combatido de rabia y de despecho;
Y al través de la niebla que lo ofusca,
Sus fuertes armas, sus arneses busca.

XIV

Con firme paso y altivez se avanza,
Y respirando desconcierto y guerra,
Su brazo tiende á la nudosa lanza
Y, balbuciendo, en la mitad la aferra;
En el aire la vibra, y con pujanza
El cuento estriba fervoroso en tierra,
Haciendo con el golpe furibundo
Retemblar el abismo hasta el profundo.

XV

Rápido se compone la coraza;
Con desenfado y ademan sañudo

Afirma el casco brillador, y embraza
Luego el templado reluciente escudo:
Sobre él alzando la potente maza,
Descarga veces tres el golpe crudo:
Al rumor conmovióse el horizonte,
Cual si un monte chocara con un monte.

XVI

De la suerte que suele presurosa
Una jauría de canes acercarse
A la voz de la trompa sonora
Del cazador, y ufanos congregarse,
Así de los demonios la estruendosa
Turba se mira rápida juntarse,
Dando indicios de bélico ardimiento,
Al oír de Satan el llamamiento.

XVII

Los escuadrones de ángeles caídos
Llenan los campos, lomas y laderas,
Y de sangre los lagos corrompidos
De bateles se cubren y banderas.
Al combate feroz apercebidos
Braman cual si bramaran roncadas fieras,
Y las pesadas armas empuñando,
La señal del combate están ansiando.

XVIII

Satan en un veloz razonamiento
Enciende su valor, su enojo y brio,
Á la manera que el soplar del viento
De las llamas aumenta el poderío.
Ya en ligero agitado movimiento
Á surcar se preparan el vacío,

Ya en grito universal que el alma aterra
Dicen con hueca voz : « ¡ Venganza y guerra ! »

XIX

Al ruido y al clamor el viento muje,
Y el sordo estruendo por los montes zumba ;
Al peso de la gente el suelo cruje,
Parece que el abismo se derrumba.
El rumor sube en poderoso empuje
Á la celeste bóveda, y retumba.
Asoma la su faz el Dios Eterno,
Y en silencio mortal se hunde el infierno.

Abril de 1839.

PROFECIA

DE

GUATIMOC

No fué más que un sueño de la
noche que se dispó con la aurora.
S. J. CRISÓSTOMO.

I.

Tras negros nubarrones asomaba
Pálido rayo de luciente luna,
Ténuemente blanqueando los peñascos
Que de Chapultepec la falda visten.
Cenicientos á trechos, amarillos,
O cubiertos de musgo verdinegro
Á trechos se miraban ; y la vista
De los lugares de profundas sombras
Con terror y respeto se apartaba.
Los corpulentos árboles ancianos,
En cuya frente siglos mil reposan,
Sus canas venerables conmovian
De viento leve al delicado soplo,
O al aletéo de nocturno cuervo,
Que tal vez descendiendo en vuelo rápido
Rizaba con sus alas sacudidas
Las cristalinas aguas de la Alberca,
En donde se mecia blandamente
La imágen de las nubes retratadas